Con la soga al cuello

Monólogo para un actor

Pedro Catalán García

PERSONAJE

STANLEY MORRISON, cuarenta y cuatro años, condenado a muerte.

STANLEY MORRISON**, un condenado a muerte, aparece en escena luciendo una hermosa soga al cuello.**

MORRISON.- (Airado.) ¡Suélteme!... ¡Le digo que me suelte!... ¡Esto es un error!... Mi nombre es Stanley Morrison... ¿No se da cuenta?... ¡Quíteme inmediatamente la soga,... me está haciendo daño!... Ustedes son los que se han vuelto locos... Yo no soy ningún psicópata… ¡Menos mal que recapacita!... ¿Falta la firma del presidente?... ¿Y se dan cuenta ahora?... ¡Estupendo!... Al menos me dará un respiro y se podrán aclarar las cosas... Sí, aunque tarden sólo unos minutos,... me sobra ese tiempo para hacerles ver que están cometiendo un terrible error... Llevo veinte años intentando explicárselo,... pero ustedes ni caso,... me encerraron en el corredor y ya no quisieron saber nada... Soy Morrison,... Stanley Morrison, ya se lo he dicho... Dejé mi coche aparcado en doble fila, sólo fue media hora,… tenía que arreglar un asunto urgente,... se trataba de subir al despacho del notario, entregar los documentos y volver,... pero había más personas esperando... Cuando bajé me habían multado,... quise contárselo al policía, pero no me escuchó... Como ustedes, él tampoco me escuchó... Eso fue todo... ¡Sí, eso fue todo!... ¿No me cree?... ¡Me cayeron diez años!... ¡Diez años por aparcar en segunda fila!... ¡Es increíble!… ¡Claro que recurrí!... Me busqué un abogado, un buen abogado... Lo encontré, y... encontré la ruina... Me aumentaron la condena... ¡No me toque la soga, le estoy explicando lo que ocurrió!... ¡No tienen aún la firma del presidente!... ¿Es que tiene tanta prisa,... es que no puede esperar?... ¡Escúcheme, por favor!... Sí, doce años... Me metieron en una celda con otro convicto... Un tipo de dos metros, ciento veinte kilos y el seso de un hipopótamo... Cada vez que me miraba lo hacía como si fuera una chinche a la que fuera a aplastar... ¡Se me ponía la carne de gallina!... Se había cargado a toda su familia... Sí, como lo oye... A su mujer,

a sus hijos, sus padres, hermanos... ¡Una bestia!... Y para rematarlo se había comido a dos o tres en trocitos después de guardarlos en la nevera... Espeluznante, ¿no?... Pues ése era mi compañero de celda... Le cayeron veintisiete penas de muerte... Sí, veintisiete... Le mataban, le resucitaban, le volvían a ejecutar, y así hasta veintisiete... Escalofriante, ¿no?... Pues eso es lo que había... Desde que conoció la sentencia se pasaba las noches gritando amenazas y golpeando los muros con lo primero que cogía, y no había formar de dormir... Yo estaba desesperado... Tenía los nervios destrozados,... pensaba que en cualquier momento me iba a triturar... Después de varias semanas de insomnio, una noche, de repente, me fui hasta él y le solté a bocajarro: «No grites más, me cambio por ti, que me ejecuten en tu lugar.» No sé lo que pasó por mi cabeza para soltar eso, pero lo hice. Sí, aunque le parezca mentira... Me miró perplejo, con cara de incredulidad, pero después de unos segundos de vacilación, reaccionó, me agarró del cuello y llamó a un guardián: *«¡Eh, tíos, aquí hay un voluntario!»* Todo fue un malentendido. ¿Cómo iba a decirlo en serio?... Yo sólo pretendía que me sacaran de aquella celda,... corría verdadero peligro,... no se me ocurrió otra cosa,... yo pensaba que lo entenderían... A partir de ahí todo fue una sucesión de errores y mentiras... ¡Que deje la soga!... ¿O es que no me está escuchando?... ¿Cómo voy a ser tan estúpido de ofrecerme para que me ejecuten en lugar de otro?... ¡Yo no había hecho nada!... Déjeme, déjeme que siga... Sí, me cambiaron de celda,... estaba solo,... aislado... Llamaron a mi abogado... Me felicitó por el gesto que había tenido... Yo no entendía nada... Aseguraba que la opinión pública se volcaría en mi caso al conocer mi ofrecimiento de sustituir a un condenado a muerte..., un gesto sin precedente en la historia... No me dejó abrir la boca,... me pidió que lo dejara todo en sus manos... ¿Era una broma pesada o el plan de un lunático?... A los dos días me visitó un individuo misterioso e inquietante: *«Tu abogado me ha dicho que quieres despedirte.»* Me parecía todo tan irreal y tan absurdo que le seguí la corriente. **(Sarcástico.)** «Sí, estoy aburrido. Además, así mi compañero puede rehacer su vida, encontrar un trabajo, formar una familia.» *«En fin, si es tu gusto. Por nuestra parte no hay problema. Sólo que...»* «¿Qué?» *«Queremos pedirte un favor.»* «Adelante, ya puestos...» *«Tenemos algunos casos pendientes,... crímenes sin resolver, familias destrozadas, en fin, una pesadez.»* «Entiendo.» *«La condena no te aumentaría.»* «¿Qué tengo que hacer?» *«Nada. Confesar que fuiste el responsable.»* «¿Y a cambio?» *«Corremos con los gastos del entierro y un féretro de primera.»* «Estupendo. Una maravilla. ¡Menudo derroche!» *«Gracias. Nos haces un gran favor. Nos ahorras tiempo de pesadas investigaciones y de inventar pruebas falsas, y las familias de las víctimas se consolarán al saber que hemos detenido al culpable.»* «¿Cuántos son?» *«Unos*

treinta, en los últimos años.» «Pero...» *«No te preocupes. Déjalo de mi cuenta. Yo me encargo de arreglarlo todo. Que tengas suerte.»* Me apretó la mano y desapareció... Un diálogo fabuloso para cretinos... ¡Tenía la complejidad cerebral de una ameba!... ¡Se lo tomó al pie de la letra y... se lo tragó todo!... ¡Dios, y era el representante del gobierno!... Cuando mi abogado me contó lo que habían preparado casi lo estrangulo... Algunos de los delitos se habían cometido cuando yo estaba ya en la cárcel, otros en lugares tan distantes que era imposible que hubiera sido el autor, y otros tan antiguos que sería casi un niño cuando ocurrieron... ¿Cómo podía haber acuchillado a un policía de Virginia por la mañana y cometer una matanza callejera por la tarde en San Francisco?... ¿Y cómo deshacer todo aquel embrollo?... ¡Déjeme terminar!... ¡Mi vida depende de lo que le estoy contando!... ¡Déjeme hablar, aunque sea lo último que haga!... Me condenaron a sesenta y dos penas de muerte,... mi sumario tenía treinta y dos mil páginas, pero se extravió y se quedó todo en un cuadernillo de veinticinco hojas... Me metieron en una celda de aislamiento, y luego en el corredor... Mi familia y mis amigos se creyeron lo que publicó la prensa... Un monstruo,... un psicópata,… un terrorista... De todo, me dijeron de todo... ¡Por qué llevaría aquel día el coche al notario!... Mi abogado, a pesar de mi oposición, no hacía más que recurrir, y me suspendieron la ejecución varias veces... Yo estaba desesperado, quería acabar cuanto antes con aquella farsa, pero él insistía: *«Mira que te las puedo dejar en sólo veinte condenas.»* ¿Se da cuenta?… ¡Sólo veinte penas de muerte!... ¡Pero si con una era suficiente!... ¿Comprende?... ¡Con una sólo!... Con tal de figurar y ganar dinero, ya no sabía qué inventarse... Hasta que un día le firmé un escrito: «Yo, Stanley Morrison, condenado a muerte por error, abandonado por mi mujer y mis hijos, repudiado por mis padres, odiado por mis jefes, manipulado por la prensa y la televisión, insultado por los políticos, sentenciado por jueces y abogados, aborrecido por el público, e ignorado por el mundo entero, te exijo que no recurras ninguna sentencia más y me dejes vivir en paz.» Pero él volvió a la carga: *«Stanley, eres un completo desconocido, un ser anónimo, un pusilánime, un hombrecillo del montón... Pero cuando acabe todo esto... ¡cuando acabe todo esto,... tu nombre sonará en los cinco continentes!... ¡Por fin serás famoso!... Te admirarán en todo el planeta, saldrás en todos los periódicos, en todas las emisoras, en todas las televisiones y, lo que más debe de llenarte de orgullo, lo que más has podido ansiar en toda tu vida:* **(Enfático.)** *¡Pasarás a la Historia!... ¡Tú, Stanley Morrison, figurarás para siempre en las páginas de los anales de la gran Historia del mundo!... ¡Ejecutado por ayudar a un semejante!... ¡Eso sí que será noticia!...»* Lo despedí.

(Transición.) No me escucharon. El verdugo llegó con la firma del presidente. Corrió el nudo de la soga alrededor de mi cuello

y la sentencia se cumplió. Pero, en el último momento, mi abogado, resentido por el escrito, me la jugó. Después de la ejecución, cuando el público y los periodistas preguntaban por mi nombre, él contestó: *«Nadie. Su nombre es Nadie.»* ¡Astuto Ulises de pacotilla! El final se lo pueden imaginar. *«¿A quién han ejecutado?»*... «A Nadie.»... Y borró para siempre mi lugar en la Historia.

TELÓN